



JUAN JARA



FRANCISCO DE PAULA SAMPOL



cio, en una mañana llena de Sol. Llevaba en el bolsillo un artículo escrito por él para publicarlo en «F. E.» sobre las Flechas de Isabel y de Fernando.

La reacción que produjo esta muerte dentro y fuera de la Falange fué enorme, puede decirse que desde aquel día empezaron a aumentarse las inscripciones en Falange. Casi todos los compañeros de Matías Montero procedentes como él de la F. U. E., venían a alistarse en nuestras filas.

Y al día siguiente el entierro. Sostenían el cuerpo de aquel camarada los hombres robustos de seis falangistas, como queriendo dar a entender que de la misma manera sostendrían la fe en la Falange y en nuestra Revolución. Después del responso, José Antonio, brazo en alto, dijo estas palabras, que encierran en sí toda la voluntad de no olvidar por lo que cayeron nuestros muertos:

«...Que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos niegue el descanso hasta que hayamos sabido ganar para España la cosecha que siembra tu muerte».

Después de estos asesinatos cometidos por los marxistas, venían siempre las represalias preparadas por las milicias de la Falange con todas las dificultades y con todos los riesgos, pero también con todo el valor y toda la serenidad de los convencidos de que el único camino para la redención de la Patria era ese, y de que no podíamos cruzarnos de brazos ni esperar el apoyo de la justicia, porque todos eran sordos y eran ciegos cuando se trataba de descubrir a los que habían asesinado a nuestros hombres. Por eso la Falange decidió hacer la justicia por su mano. Pistolas que se encasquillaban, guardias y policías por todas las esquinas y, sin embargo, se hacía siempre justicia contra aquellos marxistas que, escudados en la impunidad, asesinaban a los Nacional-sindicalistas. Y entonces era cuando empezaba el trajín de la Sección Femenina, siempre dispuestas a esconder pistolas disparadas por los camaradas, dispuestas a buscarles sitio donde se pudieran ocultar los que cumpliendo aquel servicio, yendo a los juicios como testigos para quitarle importancia a las acusaciones que se hacían contra los camaradas. Pero no pasaba inadvertida esta actividad de las mujeres para los enemigos de la Falange. «El Mundo Obrero», periódico comunista que salía todas las noches indignado por esta actuación de las mujeres Nacional-sindicalistas, quería achacar a ellas las represalias cometidas. «El asesinato de Juanita Rico, lo han hecho las mujeres de Falange», decía lleno de odio, aquel periódico de los marxistas, y en primera plana venían retratadas las camaradas de la primera hora, a las que se acusaba desde aquel diario de los crímenes más espantosos, para que recayera sobre ellas todo el odio de las masas. Pero ellas seguían impávidas, sin arredrarse ante las amenazas porque sabían que aunque cayeran, la muerte era un acto de servicio en la Falange y ya nos habían enseñado cómo se cumplía este servicio, los ocho o diez camaradas que habían caído los primeros.

Después venían los funerales. No había dinero ni para mandarles decir unas misas, pero la Sección Femenina se lanzaba otra vez a la calle, y de puerta en puerta recaudaba para que no les faltaran sufragios a las almas de aquellos camaradas. Y aquellas misas que eran oídas por todos con verdadero recogimiento, tenían un cierto ambiente de catacumba.

También se ocupaban las mujeres de la Falange de procurarles un último decoro a aquellos camaradas que morían, y así en el cementerio de un pueblo de Madrid se puso sobre la tumba de uno de los caídos una lápida de piedra, con el Yugo y las Flechas grabadas a cincel. Será esta quizás la primera piedra de España donde se grabaron el Yugo y las Flechas de nuestra época.

Y acompañaban las falangistas a las familias de los caídos como si fueran de su propia familia, porque así era la hermandad que había entre toda la Falange.

Al lado de estas muertes no nos parecían nada las dificultades ni las persecuciones con que constantemente tropezaba la Falange. ¿Qué significaba al lado de aquello el que un día detuvieran a doce camaradas de la Sección Femenina en un cementerio de Madrid porque habían acudido vestidas de uniforme a poner flores sobre la tumba de uno de los Caídos? Ni los ataques que «la Pasionaria» lanzaba contra nosotras en el Congreso, ¿ni qué importaba tener que hacer los ficheros a oscuras, porque la compañía se negaba a darnos una luz que no podíamos pagar? Y la cuestión monetaria, dificultad permanente de la Falange. Hubo día, cuando se preparaban las elecciones de febrero de 1936, en que la J. O. N. S., de Madrid, recurrió a la Sección Femenina en demanda de dinero para hacer la propaganda electoral. Y la Sección Femenina entregó exactamente 19,50, único fondo que poseía. Mientras que el Frente Popular y los cedistas derrochaban millones para hacer ver las ventajas de sus procedimientos y las garantías que ofrecían los nombres de sus candidatos. Pero el puesto de la Falange no estaba ahí, entre la atmósfera turbia de colegios electorales y de intrigas caciquiles, ya había dicho José Antonio que nuestro puesto estaba «al aire libre bajo la noche clara, arma al brazo y en lo alto las estrellas», y encima de esas estrellas había ya más de veinte camaradas caídos. Pero así y todo había que ir a las elecciones y fué la Falange, aunque sin ninguna fe en aquellos procedimientos. Las perdió como nadie las había perdido nunca, todos sus candidatos fueron derrotados en todas partes, y precisamente el día en que se perdieron las elecciones fué cuando España se dió cuenta de que existía un movimiento juvenil y revolucionario que se llamaba Falange Española de las J. O. N. S., y que era el único que podía salvar a España de la avalancha comunista.

Los que se rieron de nosotros ya no se reían, los que nos tuvieron por locos se dieron cuenta entonces de que nuestros hombres sabían morir por la Patria. Y cuando toda España estaba desolada por la pérdida de las elecciones, solo la Falange hecha milicia como un gigante, como un titán cada vez más grande y más fuerte cogió las armas y salió a la calle para darle la batalla al Frente Popular en el mismo campo en que ellos la presentaban. Y se cumplió aquello de la oración por nuestros caídos «de que solo en nuestras filas se moría por España».

Antes de terminar esta historia quiero dedicar un recuerdo al pequeño automóvil «Morris» que nos sirvió para todas nuestras andanzas. El camarada «Morris», como le llamábamos en la Falange. El ha sido testigo y portador de la propaganda que hacíamos por los pueblos. Debajo de sus asientos se escondieron pistolas, muchas veces hubo que apretarle el acelerador para huir de la policía o de las pedradas de los marxistas. El camino de la cárcel se lo sabía de memoria y él oía las primeras notas del himno cuando íbamos aprendiéndolo por los caminos de España para enseñárselo a las camaradas de provincias. No sé que suerte habrá corrido, pero lo cierto es que prestó buenos servicios.

(Continuará)